

Entreacto trágico

Quien haya seguido con algún interés—el que puede inspirar esta fervorosa amistad que me une a los lectores de EL LUCHADOR—estos artículos, recordará que me prometí un breve descanso, enhebrado entre las escenas pintorescas del sainete de nuestros gobernadores. Dispúsemos a descansar en el entreacto—ya que el hombre, a mi juicio, es un animal con maravillosas condiciones para el pacer y el descanso—y hasta pretendí entretener este último con el fuego azul del humo deshilachado de un cigarro; pero mi petaca estaba vacía y buco en las cuartillas y la pluma el entretenimiento que no pudo darme ¡y! el tabaco.

Quedábamos en el punto de la heroica huida del Sr. Muñoz, que anduvo por Madrid, de alcázares a ministerios y de estos a templos, de modo que no se dió un segundo de descanso, recibiendo parabienes e implorándolos, con tan continuo engarce que apenas si tendría tiempo para limpiarse las uñas, cosa imperdable en un gobernador sino tuvo cuidado de conservarlas limpias durante su mando.

En Valencia vivíamos sin gobernador y empezábamos a notar las ventajas de su ausencia. Del gobierno se encargó el secretario señor Montilla, que no es ningún santo, pero a quien creemos incapaz de hacer mal a sabiendas. El señor Montilla es andaluz, pero vive muchos años en Valencia. Tiene aquí sus amistades—algunas verdaderamente encantadoras—, su fortuna, su cargo. Tal es, sin duda, el amor que

siente por Valencia, que cuando fué ascendido, pero con traslado obligatorio, renunció al ascenso y prefirió seguir desempeñando el «modesto» cargo de secretario del Gobierno civil de Valencia. Como gobernador interino procedió bien. Puso en libertad a muchos presos gubernativos, incluso a Margarita Gironella, la compañera de Carbó, y ni un solo obrero fué molestado por su iniciativa y orden. Quería la paz para Valencia y para él. Casi le hubiera conseguido; pero en su breve y elogiabile interinidad, surgió la tragedia, de la que él fué el primer sorprendido. Sabemos que el señor Montilla sintió aquella sangre derramado como si hubiese salido de sus venas. Pero el gobernador interino no pudo evitar lo sucedido. ¿Qué fué? La aplicación de la ley de fuga y la muerte de un desdichado obrero en condiciones verdaderamente extrañas. No podemos describir aquellas escenas. No queremos, tampoco, describirlas.

Hablamos de los gobernadores y con aquello nada tuvo que ver el que interinamente lo era entonces de Valencia.

Este fué un entreacto trágico. ¿Cómo se le dió fin?

Aquí aparece ya la figura de Marte y si el lector sigue teniendo paciencia, sabrá cómo vino y quién es el actual coronel gobernador civil de Valencia, señor Ripoll.

Va a resudarse el sainete.

Carlos ESPLÁ.

Valencia 5 Abril 1921.

Sg.: 1.2a/374

A.P.C.E.,

SIG.: 1.2a/374